

La subjetividad del investigador en terreno: Sistematización de una experiencia reflexiva de inmersión etnográfica

Soledad Ruiz Jabbaz

Universidad de Chile, Chile

marruiz@u.uchile.cl

RESUMEN

El presente artículo examina el lugar que ocupa la implicación personal y las prácticas reflexivas del investigador, en la etnografía reflexiva. A partir de la entrada en terreno en un estudio con inmersión total, realizado en una población de la zona sur de Santiago, se analiza la importancia de los aspectos biográficos, afectivos y sociales del investigador, en el devenir de la investigación. En particular, se muestra, a través de un relato etnográfico, cómo un proceso de auto-objetivación y auto-análisis ayudó a la investigadora a hacer frente a dificultades de integración y a encontrar un lugar en el seno de la comunidad estudiada. Se finaliza concluyendo que el ejercicio reflexivo permite incluir fructíferamente en la investigación aspectos personales del investigador, así como elementos biográficos y condiciones en las que se lleva a cabo el estudio y que, en ese marco, la sensibilidad del investigador es parte fundamental de sus herramientas de conocimiento.

Palabras clave: auto-objetivación; auto-análisis; subjetividad; reflexividad; etnografía.

The subjectivity of the researcher in fieldwork: Systematizing a reflexive experience of ethnographic immersion

ABSTRACT

This article examines the role of personal implication and reflexive practices of the researcher in reflexive ethnography. The importance of biographical, affective and social aspects of the researcher in the research process is analyzed based on a fieldwork immersion, in a poor neighborhood in the south of Santiago. Through an ethnographic text, we show how processes of self-objectivation and self-analysis helped the researcher to deal with integration difficulties and to find a place in the researched community. We finish concluding that the reflexive practice allows the inclusion of personal and biographical aspects of the researcher, as well as social conditions of studies. Using this framework, the researcher's sensibility becomes an essential part of his methodological skills.

Key words: auto-objectivation; auto-analysis; subjectivity; reflexivity; ethnography

Cómo citar este artículo: Ruiz Jabbaz, S. (2015). La subjetividad del investigador en terreno: Sistematización de una experiencia reflexiva de inmersión etnográfica. *Psicoperspectivas*, 15(1), 42-52. doi: 10.5027/PSICOPERSPECTIVAS-VOL15- ISSUE1-FULLTEXT-718

Recibido
13-08-2015

Aceptado
12-12-2015

Desde hace ya algunas décadas, las Ciencias Sociales han incorporado las metodologías cualitativas como un modo legítimo de llevar a cabo estudios en el área y, con ellas, se han integrado también las discusiones epistemológicas que lleva aparejadas. Numerosos son los libros y artículos que problematizan el lugar del investigador, o que reflexionan sobre la dimensión humana del trabajo de terreno y la utilización de técnicas flexibles de producción de información (Breuer, 2003; Berry, 2011). No obstante, mucha de la producción escrita en ésta área toma la forma de reflexiones teóricas de carácter general, o bien de presentación de resultados con un encuadre bastante clásico, es decir, encubriendo la presencia del investigador.

Esto ha tenido como resultado, sobre todo a nivel académico, que se adhiera a un discurso que posiciona al investigador como ser humano, con una historia particular, situado socialmente y que vive emociones y contradicciones en su interacción con el terreno en estudio, elementos que, por no contar con las claves para hacerlo, no logran ser integrados en los reportes de investigación. Mas ya hemos comenzado a recorrer el camino de la reflexividad y no podemos ni debemos parar. La consideración de la implicación personal en terreno y de las prácticas reflexivas nos exige transparencia como investigadores. Esto es, mostrar las condiciones sociales de producción de la investigación y mostrarnos a nosotros mismos, del mismo modo en que elaboramos discursos plausibles sobre otros. Como ha dicho Florence Weber (1990), lo menos que se puede esperar de un/a investigador/a es que sea capaz de utilizar consigo mismo/a los criterios de análisis que aplica a otros.

Pero seamos claros. No se trata aquí de llevar a cabo una introspección exageradamente auto-centrada, que termine excluyendo la posibilidad de encuentro con la alteridad y, por tanto, invirtiendo el interés de la investigación, es decir, situando el tema de estudio en un segundo plano. El propósito es, más bien, realizar un retorno sobre sí mismo (*retour sur soi*) desde el terreno (Ghasarian, 2004; Boumaza & Campana, 2007); una objetivación de la relación subjetiva del investigador con aquello que estudia, de sus condiciones sociales de producción, sus intereses (Bourdieu, 2003; Weber, 2009) y emociones (Devereux, 1980), que le permita llevar a cabo un proceso reflexivo. Para expresarlo en una pregunta - que formula Ghasarian (1997)- que resulta particularmente clarificadora: "¿Qué cuadro del investigador en terreno sería pintado si otro investigador lo observara discretamente como objeto de estudio?" (p. 191, traducción de la autora).

Siguiendo estas claves, quisiera presentar el ejercicio reflexivo que realicé en el marco de la investigación et-

nográfica "Dinámica del reconocimiento social en una población periférica¹ de Santiago de Chile", orientada a indagar la experiencia de habitar en una población periférica, con énfasis en las relaciones de estima social². El objetivo es que el presente artículo constituya un ejemplo práctico de aplicación de los principios de la etnografía reflexiva, en el marco de un proceso de inmersión en terreno. Dichos principios se exponen brevemente a continuación.

La perspectiva reflexiva en etnografía

La tradición antropológica y etnográfica ha puesto el acento en el hecho de que pensar una aproximación naturalista al objeto de estudio, a través de las metodologías cualitativas en general, y de la etnografía en particular, es una perspectiva ingenua (Guber, 2001; Denzin & Lincoln, 2005). Suponer el naturalismo como enfoque epistemológico tendría, finalmente, la misma debilidad que el paradigma positivista que venía a criticar, en tanto olvida uno de los términos de la relación de conocimiento: el investigador.

Al asumir dos términos en la dialéctica del conocimiento, el investigador y los participantes, el proceso se complejiza. Por un lado, ambos realizan actos comprensivos y reflexivos, es decir, interpretan su vida cotidiana, reflexionan sobre ella y la transmiten. Más aún, tanto el investigador como los participantes cuentan con las mismas herramientas para conocer el mundo social (Schwartz & Jacobs, 1984). Por otro lado, los actores mencionados entran en relación, generando una nueva situación, que será finalmente lo que constituya la materia prima de la investigación.

En este contexto, la labor del investigador será transitar desde su propia reflexividad a la de los investigados (Guber, 2001). Sin embargo, esta no es una tarea evidente: ¿cómo salir de sí mismo para "acceder a un otro"? Ciertamente esto nunca es posible por completo y, por decirlo de algún modo, uno de los productos de la investigación será "darle voz" a otros, a través de nuestra palabra. No obstante, este hecho no nos ahorra el esfuerzo de reflexividad, es decir, de retorno hacia uno mismo con la finalidad de recapacitar y reconsiderar el rol que jugamos en el

¹ Se denomina "población" a un barrio de nivel socio-económico bajo o medio bajo, que constituye una unidad territorial, dada generalmente por su origen. Este tipo de asentamientos reciben diferentes nombres según el país: Villa Miseria en Argentina, Cantegril en Uruguay, Favela en Brasil.

² Esta investigación fue posible gracias a una beca para estudios de postgrado en el extranjero, otorgada por Conicyt en colaboración con la embajada de Francia.

terreno, el impacto que tenemos en éste, y el papel que ello tiene en las decisiones que tomamos como investigadores.

En este punto, en que la importancia del ejercicio reflexivo ha sido enunciada, cabe discutir cuáles pueden ser los procedimientos para llevarlo a cabo. Pero, como sabemos, en metodologías cualitativas no existen fórmulas sino principios. Entre ellos, quizás el más importante sea el de la auto-objetivación, o el autoanálisis con la finalidad de objetivarse. Bourdieu (2003), en lo que denomina *objetivación participante*, propone explorar las condiciones sociales de posibilidad en las cuales se da la experiencia del sujeto que conoce, es decir, lo que éste es, sus posturas intelectuales, los límites de su propio pensamiento, como también los intereses ocultos que podemos tener como investigadores y los beneficios que esperamos obtener. Como lo expresa Florence Weber (en Noiriel, 1990) quien, traduciéndolo a una operación más concreta, propone tomar nuestras categorías sociales más objetivas (edad, género, clase social, etc.) y analizar cómo nos posicionamos en la trama de relaciones sociales, considerando el punto de vista del otro (en este caso los participantes).

Ciertamente la reflexividad es necesaria como ejercicio en todas las dimensiones de la investigación (relaciones de sociabilidad, de género, de poder, etc.) y a lo largo de todas las etapas del proceso investigativo (planteamiento de la problemática, supuestos teóricos, etc.) (Weber, 1990). No obstante, en etnografía la entrada al terreno es una etapa especialmente sensible, pues el investigador se enfrenta a una situación en la que debe aprender nuevos códigos y formas de relación, encontrando además un lugar propio en el seno del grupo o comunidad estudiada. Es sobre esta etapa de la investigación que trataremos a continuación.

Descripción de las condiciones de la experiencia reflexiva

Como mencioné anteriormente, la elaboración reflexiva que presento en el siguiente apartado se enmarca en un estudio etnográfico realizado en una población de la zona sur de Santiago, Chile³.

La experiencia relatada está centrada específicamente en el primer terreno, llevado a cabo entre septiembre y enero del año 2010, período durante el cual arrendé una habitación en casa de una familia y me instalé a vivir allí.

³ He decidido anonimizar tanto el barrio como sus habitantes, para evitar eventuales estigmatizaciones y discriminaciones.

El ejercicio de objetivación se realizó en dos momentos. Primero elaboré un texto que tuvo como objetivo reflexionar sobre mis experiencias previas de trabajo en poblaciones, las relaciones establecidas con los habitantes y las conclusiones que establecí a partir de ellas. Estas últimas constituyeron las suposiciones y enmarcaron el contexto subjetivo con el que comencé la etnografía el año 2010. Ese trabajo previo a la entrada en terreno lo realicé estando en París y se presenta aquí de manera sintética bajo el título de "Preludio".

El segundo momento fue posterior al primer terreno. Este relato se apoyó fuertemente en mis notas de campo, que incluyeron las situaciones que presenciaba y en las que me veía envuelta, mis decisiones metodológicas, reflexiones, reacciones emocionales, etc. Cómo se verá, lo que aquí presento es un texto que expone la reflexión que me permitió encontrar el lugar que me era factible ocupar en terreno, dadas las condiciones contextuales y biográficas en las que me encontraba. Al mismo tiempo, me permitió elaborar un punto de vista desde el cual seguir realizando observación participante, involucrarme en el barrio y, posteriormente, analizar el material producido.

Sistematización de la experiencia de terreno

El preludio

El año 2002 fue la primera vez que visité y recorrí, en tanto profesional, una población de Santiago de Chile. Si bien durante la dictadura militar y en los años de retorno a la democracia frecuenté varias poblaciones y establecí lazos con sus habitantes, ello siempre estuvo enmarcado en mi militancia política, y mis contactos más cercanos eran también militantes o dirigentes sociales de izquierda.

En esta primera experiencia como profesional, mi tarea fue realizar un diagnóstico sobre seguridad ciudadana en una población situada en el sur de Santiago.

El barrio era más próximo y accesible de lo anticipado. Llegar solo tomaba veinte minutos desde una gran avenida y, en total, casi una hora desde el centro de Santiago. Sin embargo, la distancia geográfica no era proporcional al abandono sufrido por la población. En ella, la vida cotidiana era muy diferente a la de los barrios de clase media, con respecto a las instituciones de seguridad y de protección social, así como a la presencia del Estado.

A través de las entrevistas que realicé en días posteriores supe, con mucho pesar, de los problemas que aquejaban a dicha población, y que he visto se repiten en otros sectores similares: bandas de narcotraficantes armadas ilegalmente, gente atemorizada, consumo de drogas que crece sin control en lugares públicos y estigmatización de los habitantes de la población como delincuentes, lo que, en algunas ocasiones, les impide encontrar trabajo. Se convive con el miedo, con la muerte, con la arbitrariedad.

El diagnóstico sobre seguridad ciudadana fue rápido y sucinto, sin embargo, la experiencia me impactó fuertemente. Esta imagen no se correspondía en absoluto con lo que recordaba de las poblaciones, pues durante la dictadura algunas eran reconocidas por ser altamente organizadas, constituyendo bastiones de lucha contra el régimen militar.

Las primeras impresiones surgidas a raíz del trabajo en dicho barrio fueron tomando cuerpo con un segundo proyecto laboral realizado el año 2003. El objetivo nuevamente era un diagnóstico sobre seguridad ciudadana en una población, ejecutado desde una universidad chilena para el Ministerio del Interior. En tanto encargada de terreno, era la primera vez que debía insertarme desde cero, generando los lazos sociales que me permitiesen efectuar el trabajo. Para esto, coordiné una cita con dirigentes del barrio. La acogida fue fría y sobre todo, cargada de desconfianza. Más que una cita fue un interrogatorio, referente a mis asignaciones institucionales, mis intenciones, mis filiaciones políticas pero, sobre todo, mi procedencia de clase: nombre, estudios, el barrio donde vivía: *"vivo en el centro de la ciudad, pero antes siempre viví en Avenida Matta con San Diego"*. Mostraba mi mejor carta, indicando el barrio en el cual había crecido. *"Aah, sí, el histórico Matta con San Diego"*, señaló uno de los dirigentes, otorgando su aprobación. Sin embargo, eso no fue suficiente; se hicieron necesarias varias reuniones y conversaciones para ganar su confianza.

En aquel momento, este encuentro con los dirigentes constituyó una experiencia muy extraña para mí, debido a que durante los años ochenta y parte de los noventa, habría sido recibida como alguien de confianza, como una "compañera" en la lucha contra la dictadura. Ahora era diferente. Después de todo, para ellos era una profesional representante de un proyecto del Ministerio del Interior, ejecutado por una universidad católica, lo que me situaba en una posición no horizontal con ellos en términos de estatus. Esto me hizo pensar que, además de estar resguardando a su gente, estaban ejerciendo el poder en una de las pocas áreas en las que se sentían poderosos: la entrada a la población.

El conocimiento de las poblaciones que adquirí con este proyecto agregó nuevos elementos a lo que ya sabía: ineficiencia policial, colusión de la policía con los narcotraficantes, aumento progresivo de la influencia de éstos en la juventud y, aún más grave, en los niños. En este diagnóstico obtuve testimonios que en ese momento, para mí, fueron impresionantes: niños divirtiéndose con casquetes de balas caídas en los patios de las casas o jugando a ser narcotraficantes; madres tirándose al suelo el día feria, para evitar las balaceras. Las preguntas se agolpaban en mi cabeza, llenas de indignación e impotencia: ¿Cuánto tiempo y desamparo se necesita para que llegue a suceder algo como esto? ¿Cuánta indolencia? ¿Cómo no preguntarse por el sentir de los pobladores, su vivencia del poder y la diferencia? ¿Su rabia, su dolor, su angustia?

Con estas preocupaciones en mente, el año 2005 acepté ser la coordinadora de un proyecto, una vez más sobre seguridad ciudadana, financiado por el Ministerio del Interior. La inserción en terreno fue de mi responsabilidad, como encargada de diagnóstico. Con la ayuda de dirigentes locales, establecí los primeros contactos y comenzamos a coordinarnos con las organizaciones sociales para decidir las intervenciones arquitectónicas a realizar en el barrio. En las primeras reuniones numerosas a las cuales fui invitada a exponer el trabajo que se debía realizar, los dirigentes sociales me recibieron no ya con una actitud fría y reservada, como había sido el caso en mis experiencias anteriores, sino directamente hostil y desconfiada. El proyecto contaba con un cierto presupuesto para el desarrollo de infraestructura y proyectos sociales, que sería distribuido en dos años de acuerdo a las decisiones tomadas con la comunidad. Habiendo expuesto la planificación inicial del proyecto y de las inversiones a ser repartidas en el tiempo, fui instada a entregar el dinero enseguida, bajo pena de dejar la reunión y población. Expliqué que esto era imposible, pues no era el modo de proceder previsto, ya que toda la gente debía ser beneficiaria y no solo aquellos presentes en la reunión. Muchos de ellos se negaron a hacer concesiones. Preferían que el dinero fuese entregado directa e inmediatamente o renunciar a éste, pues si no *"jamás sabrían lo que había sucedido con él"*. Considerando la atmósfera cargada de agresión y desconfianza, me retiré, retomando las conversaciones algunos días más tarde.

Al principio pensé, erróneamente, que la decisión más "razonable" por parte de los dirigentes habría sido aceptar las condiciones del proyecto y negociar, con el pasar del tiempo, las condiciones de su puesta en ejecución pues, sea como fuese, era una inyección de fondos. Sin embargo, más tarde comprendí que lo que estaba en juego no era el dinero sino el reconocimiento -por parte del equipo que realizaba el proyecto y del

Estado que imponía las condiciones- de su condición de dirigentes, de su capacidad de decidir sobre el territorio, de su autonomía y estatus en este medio social.

A partir de estos primeros acercamientos a la realidad de las poblaciones, como profesional e investigadora, y a partir de las preguntas dejadas por las diferentes situaciones vividas durante el recorrido relatado, decidí abordar el estudio de lo que denominé "dinámicas del reconocimiento social en la vida cotidiana de los habitantes de una población de Santiago".

Allá. La etnografía en viaje: una extranjera en París

Con estas preguntas en mente partí a hacer mi doctorado en París. Profesora en la Universidad de Chile, clase media, becaria del gobierno gallo y mis cursos de francés en la mochila, pensaba tener todos los elementos necesarios para una excelente estadía.

A mi llegada comencé los trámites de rigor. Siguiendo el consejo de una amiga, me dirigí a abrir una cuenta en un banco "para gente como nosotros" (inmigrantes, con poco dinero). A los ojos del ejecutivo de cuentas era una potencial clienta, pero esto no bastó. Me excusé atemorizada frente a su nulo esfuerzo por entender mi francés o por darse a entender, para volver a la semana siguiente en compañía de una amiga francófona. Comenzaba a tener miedo y vergüenza de hablar en francés.

En el momento de encontrar una vivienda presenté mis papeles a una inmobiliaria. En la entrevista con el funcionario correspondiente, éste me preguntó si podría pagar el arriendo con la beca, ya que no representaba mucho dinero. Respondí que tenía también algunos ahorros en Chile, a lo cual replicó: "*¿Ah, sí? ¿Y usted puede retirarlos desde Francia? / Por supuesto - le dije-, también existen tarjetas bancarias en Chile / Ah, no lo sabía*".

Una tercera situación me tornó evidente mi procedencia de la periferia, no ya de la ciudad, sino del mundo. En el momento de hacer la revisión de entrada del departamento arrendado, se produjo una diferencia de opinión entre el funcionario de la inmobiliaria y yo. Y él escogió terminar la discusión con la frase "*Aquí en Francia, las cosas no son como en su país*". Dudo que él haya sabido cómo son las cosas en Chile. Dudo incluso que haya sabido dónde se encuentra. Posiblemente pensaba, como me respondió un francés cuando le aclaré que mi procedencia era Chile y no Perú: "*Bah, bueno, son todos un poco lo mismo*".

Estas experiencias despertaron en mí, de modo violento,

una conciencia de extranjería que, hasta ese momento en Chile, sólo me había susurrado al oído. En Francia yo no era de clase media. Era una habitante de segunda o tercera categoría, tal como los habitantes de la población en Chile.

Aquí: retorno e inmersión en la población

Luego de un año en París, viajé a Chile, llegando a mediados de septiembre a casa de mi familia, en la comuna de Providencia, a casi una hora y media del barrio donde fue desarrollado el proyecto de seguridad ciudadana el año 2005. En una conversación telefónica con uno de los dirigentes de la población que ya conocía, me invitó a las reuniones de la organización "Espacio Abierto", que contribuí a iniciar el año 2005, como profesional. De este modo, retomaba el lazo con la organización y sus miembros, con quienes cooperé a lo largo de mi estadía en el barrio.

Una extranjera en la población

Como parte del inicio del terreno, comencé a visitar la organización La Caleta, que se emplazaba en la mitad de la población. El primer día me senté en la entrada de la sede. Pablo, animador en La Caleta, se sentó conmigo y me preguntó si siempre era tan tímida. Le respondí que no era timidez, sino que no quería llamar la atención de la gente. Riendo de buena gana me contestó: "*Pero si de todos modos, todo el mundo pregunta quién eres y qué haces aquí*". Ese fue el momento en que por primera vez vi claramente mi "extranjería" en el barrio. Pablo había enunciado una sensación que ya tenía cuando caminaba por la población o golpeaba una puerta: todas las miradas sobre mí, tratando de leer mis intenciones, de clasificarme. Si bien antes ya había transitado muchas veces por el barrio, fue siempre en compañía y en el marco del proyecto del Ministerio. En ese entonces mi encuadre institucional era claro, y yo era percibida como una profesional que venía a trabajar. Los habitantes de la población podían situarme fácilmente en términos de coordenadas sociales. Ahora, solo unos pocos me recordaban, fundamentalmente los participantes de "Espacio Abierto". Otros, con quienes tuve un contacto menos es-trecho, variaban el calor de su recepción.

Entre éstos últimos se encontraban Marta y Esteban, una pareja de dirigentes de un Club Deportivo de la población. Luego de no haberlos visto durante años, Marta me invitó a participar de una actividad solidaria para un amigo que se encontraba enfermo. Ese día llegué a casa de Marta cerca de las 18.00 horas, para ayudar en los preparativos. Si bien todos los presentes me recibieron amablemente, ello no impidió que me interrogaran,

aunque lo hiciesen poco a poco: cómo me llamo, en qué trabajo, qué estudié, dónde vivo, a qué me dedico, por qué estoy allí, qué edad tengo... Luego de haber respondido amablemente a todas las preguntas, un poco cansada con el interrogatorio, decidí salir a la terraza. Allí encuentro a Esteban conversando con un amigo. Nuevamente, el amigo me somete a un interrogatorio. Le cuento que estudio en Francia, pero que por el momento vivo en Providencia, y que quiero conocer la población, a lo que él responde: "Ah, usted viene a conocer a los plebeyos / Sí – agrega Esteban – viene a encontrarse con la plebe". El comentario me hirió más de lo que habría imaginado, casi como si fuese una injusticia. Muchas veces debí hacer frente a declaraciones como esa, sintiendo que eran un rechazo hacia mí.

Un poco más tarde transportamos las cosas a la sede de La Caleta, para comenzar la actividad. Con el fin de aportar con la recolección de dinero, decido comprar papas fritas. Una mujer con quien he estado en casa de Marta me sirve una gran porción. Agradecida le comento: "Me la diste con yapa⁴", a lo que Esteban –que ha escuchado el comentario – responde "¿Ha escuchado el dicho 'como quieren en Chile al que es forastero'? Bueno, aquí, usted es la extranjera". Nuevamente su comentario me lastima, aunque siento que es verdad. Una vez más él marca una diferencia categórica entre ellos y yo.

La desconfianza y el miedo

El hecho de ser señalada como extranjera no se debía solamente a la curiosidad causada por la diferencia, sino también a que era considerada sospechosa.

Esto se manifestó claramente una tarde en que pregunté a un grupo de personas si sabían dónde se realizaría una pequeña manifestación por los derechos del pueblo mapuche, a la que pretendía asistir. Habiendo tenido como respuesta que la manifestación se había trasladado al centro de Santiago, decidí esperar la reunión de "Espacio Abierto" frente a la sede, a menos de una cuadra de la plaza. Allí, delante de la puerta de la casa contigua, volví a encontrarme con una de las personas a quienes había hablado anteriormente, ahora acompañada por dos mujeres. Al verme, se aproxima, preguntándome "¿Y a quién andai buscando ahora?". Le explico que espero la reunión de Espacio Abierto, a lo que ella replica, delante de sus amigas Claudia e Isa, medio en serio, medio en broma "Ya, pero si andai con una cámara escondida dime al tiro pa' salir bonita". Si bien el resto ríe, me da la impre-

⁴ Añadidura que hace el vendedor a la mercancía que se ha comprado, como gesto de amabilidad.

sión de que no es una situación inimaginable para ellas que yo pueda andar con una cámara escondida. Inicialmente le digo que no, pero sin pensar demasiado decido seguirle el juego y le contesto "Bueno, te voy a mostrar". Comienzo a abrir el cuello de mi chaqueta y, durante un instante, todas se muestran expectantes. Al ver que no tengo nada, reímos un poco, pero siento como se instala un cierto malestar entre nosotras. A continuación soy sometida al interrogatorio de rigor: ¿Dónde vives? ¿Qué haces en Espacio Abierto?, y todo aquello que uno podría preguntar de un modo más bien cordial.

Posteriormente, cuando conté a una vecina que habitaba cerca de allí, que había conocido a Claudia e Isa, muy preocupada me dice: "De esas es de las que menos te tenís que hacer amiga", agregando "esas son traficantes". La vecina me informa que el marido de Claudia está en prisión desde hace años, por tráfico de drogas. Según ella, era el líder de una banda muy peligrosa: "Hacían mexicanas⁵, mataban y les cortaban los dedos a la gente (...) Nosotros quedamos todos impresionados, nunca nos imaginamos lo que hacía. Yo lo conocía desde chiquitito y era un buen cabro (...) la banda sigue funcionando en la cárcel".

Con esta experiencia comencé a sentir el barrio como un territorio desconocido. Había códigos que debían ser leídos, pero yo no conocía el lenguaje. La desconfianza de los vecinos hacia mí era evidente: algunos se negaron a darme entrevistas, por temor de que algo les pudiese suceder. Otros simplemente me ignoraban y no me saludaban. Comencé a estar siempre nerviosa y vigilante por la imagen que los habitantes pudiesen tener de mí.

Una tarde, en casa de Esteban y Marta, él me cuenta que ellos, a través del Club Deportivo, hacen muchas actividades positivas con los niños: "Por eso un día llegaron 'tres de los grandes' [traficantes de droga], me dejaron sus niños y me dijeron 'compadre, usted no se preocupe, nunca le va a pasar nada'. Yo me quedé mudo, ¡eran tres de los grandes! Ahora están tomando el sol a cuadrillos [en la cárcel], pero hacen un llamado y todo el mundo corre". Marta añade "Uno igual se siente protegido".

Aproximadamente una semana más tarde, Cata, profesional de La Caleta, me contaría que había escuchado el rumor de que Claudia había dicho que "había alguien muy sospechoso paseándose por el lugar y que ella le había 'echado la chorea'⁶". Cata me dice que averiguará un poco más.

⁵ Robo de droga entre narcotraficantes.

⁶ Desafiar violentamente, amenazar.

Frente a estas experiencias, me invadió el temor. Me parecía no saber ya quiénes eran las personas con quienes hablaba, que probablemente era la misma sensación que ellos sentían hacia mí. ¿Verdaderamente estaba expuesta de modo constante a narcotraficantes? ¿Realmente me encontraba corriendo peligro al relacionarme con esta gente? Algunos días después, Cata finalmente me cuenta que fue alguien de la familia de Esteban y Marta quien había dicho que Claudia me había amenazado. Y agrega *“pero puede ser que alguien les haya contado eso, o que ellos sospecharon de ti, o que querían decir algo malo de Claudia porque esas dos familias siempre se pelean. La persona con la que hablé me dijo ‘tú sabes que Claudia cuida su negocio’”*.

Quizás nunca sabré si estaba verdaderamente en peligro, sin embargo, a partir de esta situación tomé la decisión de mudarme al barrio. Tenía la necesidad de hacer de mi presencia en la población algo cotidiano, para intentar romper la resistencia hacia mí. Pero, sobre todo, para no dejar que me ganara el temor. A pesar del hecho de sentirme intimidada, tenía la impresión de que ese recurso a la amenaza indirecta era su medio de protección, un modo de sacar ganancias de la imagen violenta del barrio con la esperanza de alejar a “la extranjera”. En consecuencia, intenté hacer aquello que Boumaza y Campana (2007) señalan como una de las formas más importantes para superar las dificultades en las etnografías realizadas en terrenos “difíciles”: mostrar capacidad de involucrarse con el terreno y borrar el estatus de extranjero.

La implicación

Gracias a un conocido pude arrendar una pieza en casa de una familia, en el lado sur de la población. El hecho de mudarme allí evidentemente no resolvió los problemas de desconfianza, pero al menos me dio la excusa para pasearme un poco más libremente por el barrio. La inmersión en el block de departamentos⁷ tampoco fue fácil. Como en el resto de la población, algunos vecinos sospechaban de mí y nunca me hablaron ni saludaron.

Como ya mencioné, mi primer acercamiento al barrio, en el año 2005, había sido en el marco de un programa de intervención social. Además, el año 2006, con un equipo de estudiantes de licenciatura, realizamos la reconstrucción de la memoria colectiva de la población. Y, finalmente, el último contacto antes de la etnografía fue en el año 2009, cuando trabajé, nuevamente con estudiantes, las relaciones de cooperación entre las juntas de vecinos

⁷ En la población se llama block a un conjunto de departamentos que se enfrentan.

del lugar. A causa de estas actividades, quienes me conocían ya tenían una imagen de mis actividades y mi modo de proceder: era considerada, ya una profesional que realizaba intervenciones comunitarias, ya una profesora universitaria. Es decir, alguien que tenía un rol activo, que dejaba saber su opinión y que, eventualmente, tomaba decisiones.

Así, cuando llegué el año 2010, si bien expliqué mi nueva posición en el seno del barrio, fui alentada a sacar la voz, dar consejos y tomar decisiones. Con el fin de que este rol se comprendiera, durante el primer período de mi estadía me replugué e intenté no intervenir demasiado. Sin embargo, aun cuando nunca me situé en el papel de dirigente, con el pasar de las semanas comencé a ser más activa y a estar cada vez más involucrada, elaborando actas de las reuniones de Espacio Abierto y ayudando a la persona con quien vivía a vender ropa usada en la feria, entre otras cosas. Aun así, intentaba mantenerme distanciada emocionalmente, no implicarme demasiado y, por sobre todo, no expresar mis opiniones sobre las situaciones que presenciaba.

Poco tiempo después se me hizo evidente que me era imposible mantener este rol. La obligación auto-impuesta de no comprometerme demasiado, en un lugar en que existen muchas carencias materiales, donde no hay instaladas capacidades profesionales y donde se encuentran problemas y sufrimiento en cada esquina, me hizo devenir poco espontánea, en respuesta a un permanente sentimiento de culpabilidad a causa de lo que sentía como un comportamiento utilitarista de mi parte, para con los vecinos de la población. Esta situación se vio alimentada por la confusión que reinaba sobre mi trabajo pues, a pesar de mis esfuerzos por explicar en qué consiste una investigación, jamás fue comprendido. De este modo, aquellos que no desconfiaban de mí, me atribuían la tarea de dar consejo y apoyo en tanto profesional. En consecuencia, decidí involucrarme más en el plano de las actividades, pero sobre todo a nivel emocional.

Empatía y emergencia de sentimientos

La anterior decisión dio como resultado la generación de lazos de proximidad y amistad con algunos habitantes del barrio.

A causa de ello y, sin saber realmente de qué se trataba, comencé una ida y vuelta permanente entre los fenómenos que han sido denominados empatía y simpatía⁸, es

⁸ Elizabeth Pacherie, en su texto “L’empathie et ses degrés”, distingue la empatía de la simpatía en cuanto a los fines perseguidos y al establecimiento de lazos afectivos. Para ella la empatía designa “la capacidad

decir, entre el hecho de mantener una distancia suficiente para poder analizar las situaciones a las que asistía, y el hecho de verme invadida por las emociones, al punto de caer en la confusión respecto de mi rol. En este contexto, los movimientos voluntarios de acercamiento y distanciamiento del investigador respecto de aquello estudiado, descritos por los etnógrafos, me parecían una ficción que tenía por objetivo mostrar un mínimo de cientificidad. Personalmente, me veía tironeada por la intensidad afectiva de las situaciones vividas, y más bien en una marcha forzada de conocimiento que siguiendo una vía racional que me permitiese plantearme las preguntas apropiadas in situ.

En ese momento comencé la verdadera inmersión en terreno, y el traumatismo de ésta consistió, más que en el shock padecido por alguien que está en presencia de la extrema pobreza o de la miseria humana, en el golpe incisivo y mordaz de una gota de agua que cae sin parar. Todos los días una triste noticia, una pequeña historia, una imagen hiriente: un conocido que cayó en el alcohol, vecinos adictos a la pasta base, disparos en algún lugar de la población, pobladores intentando llegar a fin de mes con algo de dinero. Mi cuaderno de terreno se convirtió en una especie de diario íntimo donde registraba el conjunto de situaciones en las que participaba, pero también mis sentimientos, mis sufrimientos y mis dudas.

Albera (2001), en su artículo "Terrains Minés", retoma la imagen del extranjero de Simmel, con la finalidad de entregar algunas pautas para analizar la posición del etnógrafo. Allí ella cita: "La objetividad del extranjero se presenta también sobre la forma de libertad que le permite tener experiencias y tratar sus relaciones, aún con los cercanos, a vuelo de pájaro, por decirlo así". El rol específico del extranjero implica en suma "que él es más libre práctica y teóricamente, examina sus relaciones con menos prejuicios, las somete a modelos más generales, más objetivos, no se compromete por sus actos a respetar la tradición, la piedad o sus predecesores" (Simmel, 1990, citado en Albera, p. 6, traducción de la autora).

Sin embargo, la posición descrita no era la mía. Aún cuando yo era una especie de extranjera, no me sentía en lo absoluto libre, ni desapegada. Nada más diferente

que tenemos de ponernos en el lugar de otro para entender lo que siente" (p. 1) teniendo por objetivo la comprensión. Por su parte, la simpatía "supone que compartimos la emoción sentida por otro" (p. 1), su experiencia afectiva, teniendo como objetivo fines altruistas, pues este fenómeno "supone el establecimiento de un lazo afectivo" (p. 2). Más brevemente, "la empatía es un modo de conocimiento; la simpatía es un modo de encuentro con otro" (Wispe 1986, citado en Pacherie, 2004, p. 2. Traducción de la autora).

a un pájaro. De este modo, y de acuerdo a la predominancia en mi estado afectivo de la simpatía por sobre la empatía, y la dificultad para tomar distancia, concentré mis esfuerzos de investigación – involuntariamente– en las situaciones cotidianas y biográficas de sufrimiento y desprecio vividas por los pobladores.

Afortunadamente, hacia el fin de esta primera estadía en el barrio se produjo una situación que me abrió la posibilidad de un autoanálisis y, en consecuencia, de desapego y toma de distancia. Antes de Navidad encontré a Leo, un dirigente social, a quien había visto previamente en algunas situaciones sociales, y que me conocía de la época de implementación del proyecto del Ministerio. Me aproximé a preguntarle si organizaría alguna actividad de Navidad para los niños del barrio, a lo que respondió que efectivamente había algo previsto para el mismo 24. Al contarle que no podría ayudar ese día pues estaría en una reunión familiar, replicó con un tono desconfiado e irónico:

Leo: *Ah, no puede. ¿Y dónde vive su familia?*

Yo: *En Providencia, pero estoy viviendo hace cuatro meses aquí en la población.*

Leo: *¿Ah, sí? – dice con un tono burlón.*

Yo: *Sí, en el sector 1.*

Leo: *Sí, pero yo te pregunto dónde vives TÚ.*

Comienzo a ponerme nerviosa. Su pregunta toca mi talón de Aquiles. No sé donde vivo, si en Providencia, en la población o en París ¿Qué debo responder? Y más aún ¿Qué debo responder para ser aceptada? ¿Para pertenecer?

Yo: *O sea, mi familia vive en Providencia, yo vivía en el centro pero ahora vivo afuera porque estoy estudiando.*

Me siento cada vez más confusa, como una mala alumna que no logra dar con la respuesta correcta. Me doy cuenta de que estoy rindiendo cuentas y comienzo a molestarte, tanto con él como conmigo.

Leo: *¿Y tú te vas a estudiar afuera para conocer una realidad que es de acá?*

Yo: *No, por eso me vine a vivir aquí.*

Leo: *¿Y tú estudias una realidad que uno ha vivido siempre?, ¿que uno sabe cómo es y cómo va seguir siendo?*

Intento explicarle el aporte que puede significar la investigación, pero resulta inútil. Leo comienza un nuevo interrogatorio, preguntando cuál es mi clase social, si trabajo, si creo que puedo decir algo interesante sobre el barrio,

que los habitantes no sepan ya. Siempre con un tono irónico que muestra que, sea cual sea mi respuesta, estaré errada.

Leo: *Tú deberías ser honesta con la gente con la que estás viviendo, con tus vecinos.*

Yo: *¿Honesto?, no sé de qué me estás hablando...*

Leo: *Honesto, decirles lo que estás haciendo...*

Comienzo a estar verdaderamente enojada y subo el tono:

Yo: *¿Pero de qué estás hablando?, obviamente todos saben lo que yo estoy haciendo aquí, ¿o tú crees que me estoy haciendo pasar por pobladora?*

Leo: *Sí po, te estoy haciendo pasar por pobladora...*

Yo: *¡Pero cómo se te ocurre que me estoy haciendo pasar por pobladora!, ¡obviamente no puedo hacer eso, tú hablas sin saber!*

Leo: *Seguro que tienes una institución detrás, porque sola no te venís pa' acá...*

Yo: *¡Pero si vine sola aquí!*

Leo: *¿Sola? ¿SOLA?- agregando con tono desafiante Nooooo, sola no vivís aquí...*

La conversación continúa de ese modo un largo rato: yo intentando convencerlo, él sospechando de mí. Lamentablemente, no pongo límites y dejo que mi rabia aumente sin contenerla.

Yo: *Mira ¿sabes qué?, si tú quieres entender lo que estoy haciendo, te invito a que conversemos, pero así no se puede conversar. Tú no escuchas y hablas sobre prejuicios, sin tener idea de quién soy y de qué es lo que hago.*

Leo: *No, invitaciones yo no acepto, yo trabajo [por la población], de eso se trata...*

Yo: *Ah, ¿sabís qué? ¡chao!, yo te hago esa invitación, ahí tú ves...*

Comienzo a caminar y cuando ya estoy algo lejos, él grita:

Leo: *¡Claro!, jeso es lo que hacen todos cuando les hablan de trabajo, se van!*

Me doy vuelta indignada y le grito:

Yo: *¿Y qué te hace pensar que quiero trabajar contigo? ¿Creís que me tengo que legitimar delante tuyo? ¿Eso creís? Saís que máh, contigo no se puede conversar así que chao!* (Notas de campo, diciembre 2010).

Poco tiempo después volví a París.

El repliegue de la extranjera, el retorno sobre sí

Ya de regreso en París, la conversación con Leo aún me inquietaba. Al cabo de algunas semanas comprendí que había algo de verdad en sus palabras. Existía una dimensión en que efectivamente yo había intentado vivir como una pobladora. Durante el terreno salía lo mínimo del barrio: un día a la semana para visitar a mi familia. La razón era compartir lo máximo posible con la gente de la población, pero también sentir lo que ellos experimentaban. Ver, escuchar y tocar lo que ellos veían, escuchaban y tocaban todos los días. Ingenuamente intentaba vivir en una especie de "reality show", como me dijo un vecino del barrio.

Pero había otro elemento, más soterrado aún: sentía culpa por haberme alejado de las poblaciones ya entrada la democracia, para volver a encontrarlas en condiciones indignas, desde una posición de poder. A esto se sumaba mi nueva condición de inmigrante latina tercermundista en París, que me hacía sentir como una injusticia el hecho de que en el barrio me identificasen con la clase dominante. Por estas razones, intentaba legitimarme en la población, no en tanto investigadora sino como persona, aspirando a reencontrar mi "nostálgica pertenencia al pueblo" vivida durante la dictadura. En consecuencia, la investigación cargaba con la resolución de mis problemas personales de pertenencia y desarraigo, lo que me impedía tomar la distancia necesaria, no ya del tema en estudio, sino de mi vida interior. Había extremado la simpatía hasta el límite como instrumento de conocimiento y había terminado por desorientarme.

Una vez que comprendí ésto pude trabajar mi "extranjería" en relación al barrio y a París, ya que ni aquí ni allá podía borrar esa condición, como tampoco podía hacerlo con mi pertenencia a una clase social, mi género o mi historia. Fue desde ese punto de vista, constituido por el cruce de distintas categorías de pertenencia, que debí construir conocimiento, tomando la perspectiva fronteriza del extranjero y no intentando borrar o superar esa diferencia.

Pero, ¿en qué consistía esta "posición de extranjería"? Para comprenderlo se debe considerar que el extranjero es un tipo social, una forma sociológica, una cristalización "de la acción recíproca que es socialmente dada de antemano a cada uno y que puede ser usada para la realización de diferentes contenidos" (Rammstedt, 1994, p. 147). Alguien, en tanto extranjero, forma parte

del grupo y aporta nuevas características (Simmel, 1990). En relación con mi terreno, esto significaba enfrentar a los habitantes de la población a cualidades tales como ser de clase media, universitaria, que vive en el extranjero, entre otras. Es decir, hacerles encontrar, en tanto vecina, a alguien que tiene propiedades que están habituados a ver en personas que ejercen poder sobre ellos. Pasar, entonces, de la extranjería como posición psicológica a ella como posición sociológica⁹, implicaba considerarme como cualquier otra extranjera con los mismos atributos, como una representante de la alteridad, y ser capaz de analizar los eventos donde yo era un actor, para comprender la relación de los habitantes con la diferencia, sobre todo de clase y estilo de vida.

De esta manera, el encuentro de las diferencias se convirtió en parte del objeto de estudio, y por ende mi posición pasó de ser observadora a observada. En definitiva, como señala Caratini (2012), un estudio etnográfico resulta siempre de un estudio comparativo entre los rasgos culturales del etnógrafo y los rasgos del grupo al que se confronta.

Así, me fue posible reinterpretar como reacciones frente a la alteridad las situaciones que en otro momento me parecieron de rechazo o desconfianza, e integrarlas a la dinámica de la investigación.

Discusión y conclusiones

Para finalizar, quisiera subrayar algunos principios que se desprenden del proceso descrito. En primer lugar, como menciona Guber (2001) y como evidencia la experiencia descrita, en el trabajo de terreno en general y, particularmente en etnografía, el investigador se encuentra con situaciones desconocidas y eventos para los que aún no cuenta con códigos de lectura, como resultado del encuentro de su reflexividad y la de los participantes. En este contexto, la separación objetivista del investigador respecto a aquello que constituye su campo de estudio no sólo es imposible, sino contraproducente. En cualquier investigación social, y sobre todo en una donde se convive día a día con la comunidad estudiada, mantenerse distanciado es un ejercicio que puede ser violento y que desnaturaliza las herramientas de conocimiento de que dispone el investigador: su sensibilidad, y, a través de ella, la posibilidad de comprender e interpretar. Como señala Rosaldo (2000), la fuerza emocional de las situaciones vivi-

das nos permite reposicionarnos, ensanchando nuestro campo de comprensión. Tanto la capacidad del investigador de interponer distancia entre él y el mundo observado, como la de identificarse con él, serán necesarias en éste proceso de conocimiento.

No obstante, en la realización del terreno habrá situaciones que, por su fuerza o por su relación con elementos personales del investigador, podrán desbordarlo de emociones, confundiéndolo y haciéndole perder la capacidad de tomar distancia. En ese marco, llevar a cabo un retorno sobre sí mismo parece indispensable, pues, lo que da valor a la experiencia en terreno es la profundidad de la apertura cognitiva y afectiva que se opera con ella, es decir, el grado de traumatismo que alcanza el investigador, sin por ello volverse nativo (Caratini, 2012).

En el caso descrito, el análisis de dichos elementos personales, intereses y condiciones sociales de producción de la investigación, permitió integrarlos fructíferamente tanto para volver a un lugar de escucha, como para comprender cuál era el rol que jugaba en terreno. En consecuencia, se utilizó la misma condición de extranjera que en un inicio era problemática, como un lugar desde el cual construir conocimiento. Respecto de éste último punto, si bien nuestra posición frente a los participantes no depende solamente de las decisiones que tomemos como investigadores, sino de cómo se constituye el terreno en la relación de todos los elementos presentes, el ejercicio reflexivo permite tener mayor claridad respecto de cuáles son las posiciones que se nos han asignado, y cuáles de ellas queremos y podemos habitar.

En tercer lugar quisiera subrayar que los elementos mencionados imponen como desafío, a quienes trabajamos desde las metodologías cualitativas, ser transparentes respecto de las vivencias positivas y traumáticas, tanto en terreno como fuera de él, ya que estas modelan nuestro punto de vista al hacer investigación. Sólo de éste modo es posible comprender que el relato que generamos sobre otros es una de las narraciones posibles, donde cada una de ellas iluminará ciertos aspectos, y dejará otros en la oscuridad.

Finalmente, nuestra capacidad de conflictuarnos, conmovernos e identificarnos con situaciones de terreno en que nos vemos enfrentados a escenas de sufrimiento y carencia –como es frecuentemente el caso– no debe ser leída como un obstáculo al conocimiento, sino como una señal de alerta que nos recuerda los fines éticos de la investigación social.

⁹ Como posición psicológica se piensa al extranjero en tanto individualidad con dificultades, problemas de integración, y tensiones psicológicas. Como posición sociológica se le piensa en tanto "tipo social" (Rammstedt, 1994).

Referencias bibliográficas

- Albera, D. (2001). Terrains minés. *Ethnologie Française*, 31(1), 5-13.
- Althabe, G. y Hernandez, V. (2004). Implication et réflexivité en anthropologie. *Journal des Anthropologues*, 98-99, 15-36.
- Berry, K. (2011). The ethnographic choice: Why ethnographers do Ethnography. *Cultural Studies ↔ Critical Methodologies*, 11(2), 165-177. doi: [10.1177/1532708611401335](https://doi.org/10.1177/1532708611401335)
- Boumaza, M. y Campana, A. (2007). Enquêter en milieu «difficile». Introduction. *Revue Française de Science Politique*, 57(1), 5-25.
- Bourdieu, P. (2003). L'objectivation participante. *Actes de la Recherche en Sciences Sociales*, 5(150), 43-58.
- Breuer, F. (2003). Subjectivity and Reflexivity in the Social Sciences: Epistemic Windows and Methodical Consequences. *Forum Qualitative Sozialforschung / Forum: Qualitative Social Research*, 4(2). Obtenido de <http://www.qualitative-research.net/index.php/fqs/article/view/698/1512>
- Caratini, S. (2012). *Les non-dits de l'anthropologie*. Paris: Marchaisse Thierry.
- Denzin, N. & Lincoln, Y. (2005). Introduction. The discipline and practice of Qualitative Research. En N. Denzin & Y. Lincoln (Eds), *The Sage Handbook of Qualitative Research* (pp. 1-13). 3rd. Ed. Thousand Oaks: Sage.
- Devereux, G. (1980). *De l'angoisse a la méthode dans les sciences du comportement*. Paris: Flammarion.
- Ghasarian, C. (1997). Les désarrois de l'ethnographe. *L'Homme*, 37(143), 189-198.
- Ghasarian, C. (2004). Sur les chemins de la l'ethnographie réflexive. En C. Ghasarian (Dir.), *De l'Ethnographie à l'Anthropologie Réflexive: Nouveaux terrains, nouvelles pratiques, nouveaux enjeux* (pp. 5-33). Paris: Armand Colin.
- Guber, R. (2001). *La etnografía, método, campo y reflexividad*. Bogotá: Editorial Norma.
- Noiriel, G. (1990). Journal de terrain, journal de recherche et auto-analyse. Entretien avec Florence Weber. *Genèses*, 2, 138-147.
- Pacherie, E. (2004). L'empathie et ses degrés. En A. Berthoz & G. Jorland (Dir) *L'empathie* (pp. 149-181). Paris: Odile Jacob.
- Rammstedt, O. (1994). L'étranger de Georg Simmel, *Revue de Sciences Sociales de la France de l'Est*, 21, 146-153.
- Rosaldo, R. (2000). *Cultura y Verdad. La reconstrucción del análisis social*. Quito: Abya-Yala.
- Schwartz, H., y Jacobs, J. (1984). *Sociología cualitativa. Método para la reconstrucción de la realidad*. México D.F.: Trillas.
- Simmel, G. (1990). Digression sur l'étrangère. En Y. Grafmayer & I. Joseph (Eds.), *L'école de Chicago* (pp. 53-59). Paris: Aubier.
- Weber, F. (2009). *Le travail à-côté. Une ethnographie des perceptions*. Paris: Editions EHESS.